

res en las ciudades de Italia: sacerdotes de ese culto, no le faltan, pues lo son todos los que en la civilización moderna dan disposiciones legales, para que paguen tributo á los gobiernos cuantas personas se consagran á la vida infame. Pero, ¡grandezas!! ¡grandezas, siquiera como las de los antiguos romanos! No las esperen los hombres de la revolución; pues aun llamándose cristianos, distan mucho de aquellas cualidades eminentes y de las virtudes pátrias, en que tanto nombre adquirieron los romanos. Pueblo en revolución habitual desde hace cuarenta años conocemos todos, que ha echado á tierra monumentos preciosos, ante cuya estructura quedaba estático el viajero; y todavía no ha levantado uno solo á la piedad, á la religión, á la patria; y para colmo de ignominia, ni aun á su misma revolución. La revolución es una Turquía moderna que derriba siempre sin edificar jamás.

Fácil es comprender que las gentes sencillas no entendieron del conjunto de tanta y tan ampulosa palabrería, más que aquello que aguza y recalienta las pasiones, impeliéndolas al mal. Conquistar glorias, allegar muchas riquezas, poder gozar de ellas sin zozobra, era su primer pensamiento; y al poco venia la pasión de mirar con cejas fruncidas á quien no se las había procurado; de concebir ódio al gobierno que fuese amante de la paz; siendo una consecuencia natural, que pensasen luego en sacudir el yugo de una autoridad que no les podía dar lo que los revolucionarios les ofrecían, aunque nunca se lo habían de dar. Pero, como la revolución es astuta, y el pueblo cándido y sencillo; para que este lo creyese, los revolucionarios, echando mano á aquella lógica seductora, á la cual fácilmente suelen dar crédito los ojos codiciosos, les enseñaban talegas de oro, diciéndoles que ese era el fruto de la unidad empezada, que tomasen y gozasen, y procurasen formar cuanto antes *la Italia una*, para ser ellos también grandes y afluir en riquezas.

Cuanta iniquidad encierran estas doctrinas, no está al alcance del pueblo, á quien toman por instrumento ciego de sus depredaciones los hombres de las revolu-

ciones. El pueblo no ha visto que hay encerrado en todo eso un proyecto de Lucifer; herejía, cisma, abandono de la religión, trastorno de la sociedad, subversión de todos los principios rectos, ataque al derecho de posesión legítima, destrucción del principio de autoridad, y apostasía de la fe. Ni tampoco puede comprender que con esas doctrinas él mismo se echa un dogal al cuello; pues autoriza al poderoso para que se apodere de la viña pequeña del labrador que toca á la suya, para hacer de las dos *una*; al magnate para que demuela la casa del vecino, porque él quiere hacer de dos casas *una*; y á todo aquel que necesite de lo ajeno, para engrandecerse, que se lo quite por la fuerza para formar de dos bienes *uno*.

Y ¿á dónde iríamos á parar si estos axiomas de la propaganda impía llegasen á radicarse en la sociedad? Pongámonos en el santuario de la verdad, y acerquemos esas doctrinas á la piedra de toque, que son los mandamientos de la ley de Dios; y recorridos todos, veremos que ni uno queda en pié, al pasar este huracán de errores religiosos y sociales, que está vomitando Satanás sobre las generaciones presentes. La fuerza brutal es la que se erige en ley única, ante la cual desaparece el honor debido á Dios, el respeto á la paternidad, la reverencia y sumisión á la autoridad, el derecho que tiene cada hombre á vivir, la venerabilidad del pudor, la inocencia de la niña, el honor de la doncella, el derecho de cada individuo á sus propios sudores, el del prógimo á su buena fama, el del marido, el de la esposa y el de todo viviente á su incolumidad. Una sociedad que profesase esos principios, se tendría que volver sociedad de tigres, entre los cuales sucede alguna vez, que por disputarse dos la posesión de una oveja, se matan mutuamente, quedando esta intacta. En la sociedad regenerada con la doctrina de Jesucristo nada de esto puede suceder, mientras esta observe sus preceptos; pero, entro tanto, creemos firmemente que en el combate encarnizado que el infierno intenta dar para saciar su hambre de destruir, nunca podrán sus tigres devorar la Iglesia, ni sobreponerse á los derechos de su cabeza visible.



La Iglesia de Cristo y esa piedra sobre la cual la ha fundado, es todo una misma cosa, es la cordera de Dios: los tigres se devorarán, la ovejita quedará intacta.

Pero, lo repetimos, esos medios de la política anticristiana, adoptados para desnudar á Nuestro Santísimo Padre de su autoridad real, y arrancarle sus dominios temporales, son herejías y cismas y apostasías; las cuales, en verdad, no son nuevas en el mundo. Hace ya veinte y dos siglos, que algunos hombres corrompidos é incrédulos del pueblo de Dios, publicaron el derecho del progreso de los gentiles, y levantaron el grito en el seno de la nación santa, diciendo á sus conciudadanos, como hoy se dice entre las naciones católicas: *vayamos, y arreglemos nuestros negocios con los idólatras que viven en nuestros alrededores, pues desde que no estamos con ellos, nos vemos rodeados de males.* (1) Fueron en efecto, á presentarse al rey Antioco; y expuestos sus pensamientos, les permitió este que estableciesen en Jerusalem gimnasios y ateneos á usanza de los paganos; que abriesen prostíbulos, y convirtiesen el templo de Dios en templo de Júpiter, y estableciesen allí su culto profano, aboliendo el del Altísimo. (2) Esta disposición de los judíos apóstatas, dice el historiador sagrado; ensanchó sobremanera el corazón de Antioco; pues vió que se le abría camino, para anexionarse el reino de David, apoderándose de la Palestina y de Egipto. (3)

Entonces fué, cuando se vieron darse la mano la irreligiosidad de un pueblo malo, y la política hipócrita de un soberano impío. El arma con que Antioco creyó conquistar la ciudad santa, y coronarse rey de ella, no fué al principio la fuerza, sino la persuasión, el halago y la superchería: la fuerza moral era lo que pretendía poner en práctica, para llegar á anexionarse el reino que no podía ser suyo. ¿Por qué ha de haber, decia, esos principados menores de Egipto y la Palestina? ¿porqué esa diferencia de costumbres y de nacionalidades? Haya

[1] I, Mac., cap. I, v. 12.

[2] Ibid., v. 46.

[3] Ibid. cap. I, v. 17.

unidad en todo, *y sea todo el pueblo en mi reino uno.* (1) Con esta política perversa preparaba Antioco la deprecación de la ciudad santa, y el destronamiento de la autoridad legítima; que gobernaba al pueblo con equidad y justicia, y protegía la observancia de la ley y el culto del Señor.

No era la unidad en leyes, en costumbres, en gobierno y en política, lo que Antioco se proponía constituir entre los pueblos de Siria y la Palestina; pues le constaba que habia en los corazones de sus respectivos habitantes una antipatía mútua y una aversión profunda; resultado de las diferencias en el lenguaje, en las tradiciones, en la religion sobre todo, y de haber mandado Dios á su pueblo por medio de sus Profetas, que jamás hiciese alianzas con los incircuncisos ni les diese sus hijas para casarse con ellos, ni consintiese que sus hijos buscasen esposas en esas regiones; porque estas los habian de seducir para que siguiesen el culto de los ídolos, irritando así su justa indignacion. (2) Esa unidad nacional nunca podia verificarse, si no mediaba una apostasía en masa del pueblo escogido. Pero el pensamiento de esa unidad que los apóstatas inventaron, fué acogida por Antioco con el gusto con que el general sitiador de una plaza, oye la relacion de un traidor, que se ha evadido de la ciudad y le muestra los parajes por donde puede dar el asalto, sin ser ofendido por los sitiados. Esa unidad era la tea incendiaria, arrojada por los herejes y cismáticos del pueblo escogido en el seno de sus conciudadanos, para corromperlos y atraerlos con maña al partido de la iniquidad; era esa unidad el manto hipócrita, con que Antioco se cubria, para que el vulgo creyese que era ese el gran rey, que los iba á colmar de riquezas y los habia de hacer más felices, que no lo habian sido en tiempos del pacífico y generosísimo Salomon; era, por fin, esa unidad una panacea que se ofrecia al pueblo, diciéndole que con ser el pueblo uno, y una la nación, habian conquistado la libertad, y eran en efecto

(1) I, Mac., cap. I, v. 43.

(2) Deut., cap. VII, v. 4.



libres para adorar á Dios ó despreciarlo; para continuar observando la ley de Moysés, ó pasarse al culto de los ídolos, y vivir como los demás pueblos á sus anchuras.

Esto era lo que Antioco queria conseguir, para llegar al último resultado: publicaba unidad de pueblos, libertad de cultos, libertad de conciencia; para echar despues sobre el pueblo un yugo de hierro, tenerlo amarrado como un animal, y poner luego la mano sobre sus bienes, apoderarse del templo y apropiarse sus tesoros. Ya en aquellos tiempos sabian los impíos que para enervar á un pueblo, dejarlo sin vigor, sin amor patrio, y sin ninguna de aquellas cualidades que lo hacen célebre y noble en la guerra y en la paz, no hay sino decirle que es libre, y darle libertad para que apostate de su religion santa, y viva sin freno. Con esta libertad pierde en pocos lustros su antiguo valor; enérvase en la licencia de costumbres, olvidándose de sus glorias; y concluye por inclinar su cerviz á la vergonzosa coyunda de quien, para poder mandarle con tiranía y dejarlo desnudo, le halagó diciéndole, que le iba á hacer grande, devolviéndole la libertad, y dándole una unidad que nunca habia tenido. El pueblo no sabe lo que entraña esa unidad y lo que significa; el tirano sí: una víctima universal del pueblo en masa, esa es la unidad que busca y suele encontrar en los pueblos que dan oido á doctrinas corruptoras. Ejemplo palpable es el mismo Antioco. Despues de proclamada esta unidad y esta libertad, *entró en Jerusalem con gran ejército; subió al templo, y robó el altar de oro, el candelabro, los vasos sagrados, la mesa de proposicion, el gran velo, las coronas, los ornamentos, todo de oro; y además todo el oro y la plata labrada, y el tesoro oculto de moneda, causando un llanto general en todo el pueblo de Israel.* (1) Y no satisfecho con esto el rey impío, y queriendo completar su obra de unidad nacional, mandó á un general con gran ejército, acercándose este á *Jerusalem con palabras engañosas; y le acometió por todas partes, destruyó sus murallas, la robó y la incendió, poniendo en su fortaleza hombres pecadores y malva-*

(1) I, Mac., cap. I, vv. 22, 23, 24.

*dos; volviéndose la ciudad santa habitacion de extrangeros, y extranera para sus poseedores.* (1)

Este es el resultado final que Antioco se propuso, publicando libertad de conciencia y de cultos para los judíos, y predicando la unidad de los pueblos. Pero esta política era contra el derecho natural, divino y de gentes, y por consiguiente reprobada por Dios; puesto que él mismo llama á ese rey *hombre malvado*, (2) *muy facineroso*, (3) *el más criminal y malo de los hombres*, (4) y á sus consejeros, hombres de *manos malvadas*. (5) Y si entonces lo era, lo es hoy y lo será siempre; sin que puedan mudar su naturaleza los congresos de los reyes, ó la reunion de los hombres; porque ni la fuerza moral de todos los monarcas congregados, ni la que se pretende formar de la union de muchos hombres en un mismo querer, pueden hacer que lo injusto sea justo, lo malo bueno, la fuerza derecho, y el derecho justo deje de serlo; y que un hecho consumado forme derecho legítimo, cuando por su naturaleza es malo; y además, porque el derecho justo tiene por base la ley natural, que es antes que todos los hombres, y bajo cuyo imperio han nacido los que son reyes, los que son vasallos, y cuantos vivientes racionales hay en la tierra.

Hay que confesar por tanto, adhiriéndose á cuanto nos manifiesta nuestro Santísimo Padre en su inmortal Encíclica, que la invasion de Roma, y demás ciudades y territorio de su dominio temporal, es un hecho basado en la injusticia, llevado á cabo por medios iníquos; hecho que debemos detestar por su enorme malicia, y porque además de haber despojado al Vicario de Cristo de sus bienes temporales, se ha atentado á su libertad é independencia para gobernar la Iglesia; todo lo cual forma un encadenamiento de muchos actos sacrílegos, y tan solo ha podido consumarse adoptando medios más propios

(1) I, Mac., cap. I, v. 31. y siguientes.

(2) II, Mac., cap. IX, v. 13.

(3) Ibid., cap. VII v. 9.

(4) Ibid., v. 34.

(5) Ibid., cap. V, v. 16.



de la barbarie antigua, que de la civilizacion del Evangelio, y diseminando doctrinas destructoras de las verdaderas soberanías fundadas en los principios de la ley natural y divina, y del derecho público y de gentes; doctrinas y axiomas, cuyo espíritu es la destruccion del cristianismo, y el envilecimiento de la especie humana.

Hé ahí lo que es la revolucion en frente de las soberanías; intenta ella formarlas á su modo, poniendo por cima una mole embovedada que encierra materias combustibles, y una mecha oculta cuya cabeza tiene su asiento muy léjos del trono, en el seno del pueblo, á quien se le enseña que es él quien hace monarcas y los deshace; quien levanta sólidos y los derrumba; quien dá autoridad y la quita; quien pone el manto de púrpura sobre hombros que no lo llevan por derecho alguno superior á la voluntad del pueblo, y se la puede arrancar cuando le agrada. Y ¿qué tiene que suceder, como consecuencia inmediata de esos nuevos principios sobre los derechos del pueblo? Que se formen conspiraciones con audacia, pues tienen los conspiradores en su mano la materia fosfórica, que pueden aplicar á la mecha: que se alienten los rebeldes y los que no obedecen á la autoridad, si esta no se acomoda á su modo de ver las cosas, pues saben que esta tiene que doblegarse á sus exigencias, so pena de verse amenazada por un nuevo partido: que se formen falanges de ingratos y desleales, que no reconozcan los beneficios recibidos del primer gerarca de la nacion. y lo vendan á quien creen que ha de ceder á sus pretensiones, ó levanten con desenfreno y desdoro el estandarte de la rebelion. Sabido es que cuando un general quiere aplicar la mina á una fortaleza, no entrega el secreto de la mecha á la soldadesca; pues pudiera suceder, que en vez de arruinar á los sitiados, quedara envuelto su propio ejército al acercarse á dar el asalto. Enseñando á los pueblos esas doctrinas, no hay monarquía estable, ni soberanía que esté fundada en la fuerza moral: el pueblo es el poseedor del secreto de la mina y le dá fuego; subiendo por los aires, de repente, trono, monarca é instituciones. Por eso se ha hecho necesaria desde algunos años, demasiados ya

por cierto, la existencia perenne de tanta fuerza armada en las naciones. ¡Ah! es necesario que los soberanos piensen mas en su seguridad que en el gobierno: es preciso que la mitad del pueblo observe á la otra mitad con aspecto marcial y arma al brazo; desapareció la fuerza moral, que daban á los tronos los principios de justicia, enseñados por la ley divina: desapareció el respeto á la autoridad; por haber alterado y corrompido las nociones de su origen celestial: se ha hecho todo terreno; y para sostener la autoridad, ha sido preciso apelar á cosas salidas de la tierra, á espadas, á carabinas, á cañones, á morteros, á caballos y ginetes cubiertos de corazas, á carros de guerra y á ejércitos sin fin, que se absorban los sudores de las naciones, y arruinen la agricultura. ¿Es el pueblo el soberano? Pues ahí está el soberano arruinado por el soberano y llevando un yugo de hierro que él mismo se ha impuesto. Nos equivocamos; se lo ha impuesto la revolucion con sus doctrinas destructoras de la paz y felicidad de los pueblos.

Pero norabuena que esto suceda respecto de los soberanos, que se han dejado seducir por las doctrinas revolucionarias, y han dado á sus pueblos instituciones contrarias á los principios católicos, descendiendo de grado, ó por efecto de presiones revolucionarias, del puesto altísimo en que los colocó la Providencia divina; pero esto no sucederá al que ha rechazado con tanta entereza y dignidad todas esas innovaciones. La revolucion está muy ufana, gloriándose de que nada tiene que temer, despues de haber consumado su obra de destruccion.

(1) La revolucion está persuadida de que ha procedido

(1) (Véase lo que decia la *Gaceta del pueblo* de 8 de Octubre de este año, en su núm. 15, pág 57, col. 2ª, lín. 24, y 3ª, lín. 27.) "Esta idea de diferir la traslacion de la capital es entre las que se difundiesen, la que acarrearía mayores males: pues atendido que no hay causa legítima, se daría lugar á creer que existe una ilegítima; la cual, para decirlo con franqueza, no consiste, sino en un temor vano respecto de la Europa, ó en una esperanza mal fundada acerca del Papa." Esto contiene la columna segunda; descubriéndose la índole de los pensamientos revolucionarios en lo siguiente de la columna tercera. "Hemos tenido la fortuna inmensa de venir á Roma en uno de aquellos momentos, en los cuales la Europa está enredada en negocios de la mayor gravedad y por efecto de ellos no pueden pensar en una cuestion resuelta moral



inúcuamente; imitando á una cuadrilla de ladrones que tiene espías fieles y centinelas escondidos entre los charrales de un monte, para que les avisen cuando se han alejado las fuerzas protectoras de la propiedad ajena, á fin de caer de repente sobre los vecinos indefensos, y despojarlos sin temor de que nadie se lo impida. Pero á esta confesion paladina de su criminalidad, nosotros diremos á la revolucion que no se fie mucho de ese estado de cosas; porque el que ha de salvar al Sumo Pontífice, es infinitamente más que todos los monarcas del mundo, se burla de las combinaciones diplomáticas, que se forman contra la justicia y rectitud, cambia en momentos las situaciones, y tambien vuelve en un instante á los Nabucodonosores insensatos en animales estúpidos, que son arrojados de la sociedad para que va-

mente hace años; pero si dejamos que la calma suceda á la tempestad y que la diplomacia salga de las conmociones violentas en que se encuentra, tropezaremos con obstaculos algo más graves que los de si un palacio es chico ó incómodo." No podemos concluir esta nota, sin advertir que los revolucionarios llaman fuerza moral á los ejércitos y á los cañones: pues en ese mismo artículo se dice lo siguiente: "Tambien cuando se trató en 1860 de la anexion de las Marcas y de la Umbria, habia dudas, temores y dificultades, y hasta amenazas; pero el conde de Cavour superó todos los obstaculos, marchando derecho y pronto por su camino, sin mirar más que á un objeto, que era la ejecucion del programa nacional." Sabido es, que Cavour envió al general Cialdini con sesenta mil hombres, que en Castelfidardo acabaron con el ejército pontificio. La fuerza moral única que precedió y completó este hecho, calificable de asesinato y latrocinio fué: primero, el haberse publicado en los papeles oficiales de Cavour la noticia falsa de que los revolucionarios querian entrar por Ceprato en los Estados Pontificios, y de que era preciso prevenirlos, enviando tropas leales que impidiesen el atentado; los revolucionarios no soñaron, siquiera, tal cosa, pero las tropas del Piamonte entraron y sublevaron las provincias: segundo, que París partió un telégrama al Eminentísimo Cardenal Antonelli, en el cual se decia, que la Francia iba en socorro del Padre Santo; lo que motivó la orden del dia dada por el general Lamoriciere al ejército pontificio, animándolo á combatir, pues venia la Francia en su ayuda. La Francia tardó mucho en llegar; y convidado á explicarse el autor del telégrama, contestó que el general Lamoriciere lo habia interpretado mal; pues no se entendia que la Francia fuese más que á proteger la persona del Santo Padre. Esta fué la fuerza moral empleada; lo decimos, por que éramos habitantes de Roma entonces, y oimos el relato fidedigno de estas cosas incalificables; y lo apuntamos como preliminar de lo que trataremos en el capítulo inmediato.

yan á pastear con las bestias de los campos. (1)

No se glorie, no, repetimos, la revolucion: pues no se ha debilitado la mano del Señor, y es poderosa para salvar. (2) Todavía hay en la mente divina Macabeos, que digan á los verdaderos Israelitas: levantémonos á borrar la ignominia de nuestro pueblo, y *peleemos por nuestras almas; por nuestras leyes* y por nuestro santuario. (3) Todavía hay estandartes de la paloma, llevando tras de sí ejércitos aguerridos, á cuya vista se han de perturbar los impíos, gritando, y diciéndose unos á otros: *levantemos nuestros reales; vámonos de aquí; huyamos de la espada de la paloma.* (4) ¡qué! ¿no tiene Dios ya Carlos Magno, que vayan á dar batallas á los Desiderios, y les hagan levantar el sitio de la ciudad santa, y les obliguen á pagar cara la temeridad de haber dejado tendidos en el campo á los soldados heróicos del Papa Estéban? ¿No puede levantar el ostracismo, á que lo relegó un déspota, el glorioso título de emperador de los romanos, que quizás no merecian llevar ya los que, en vez de proteger á la Iglesia y á los Papas que les dieron el título de honor y el honroso cargo de defenderlos, los persiguieron muchas veces abiertamente; y al fin con toda la astucia y perversidad de un filósofo incrédulo?

Persuádase, por tanto, la revolucion, de que el que saca para Abraham hijos de entre las mismas piedras; (5) el que sacó de entre los paganos á los Constantinos, puede levantar de entre los mismos cismáticos y los infieles y hasta de entre los turcos, alguno que se presente con espada en mano á defender el derecho natural y de gentes, que una sociedad que predica inviolabilidad de derechos y los ataca todos, ha hollado indignamente, despojando de lo suyo al soberano que tiene el mejor derecho entre todos, pero que no quiere que se derrame sangre por sostenerlo. Persuádanse, repetimos, de que bien puede suceder que los mismos que no

(1) Dan., cap. IV, v. 22.

(2) Isa., cap. LIX, v. 1.

(3) Mac., I, cap. III, v. 21.

(4) Jer., cap. XLVI, v. 16.

(5) Luc., cap. III, v. 8.



creen que el Sumo Pontífice es Vicario de Cristo, pero ni lo niegan, por la sencilla razon de no profesar la religion católica, pueden ser el instrumento animado de Dios, para robustecer y fortificar el derecho divino de su Vicario á regir la Iglesia católica, gobernarla, y enseñarla con toda independenciam; para devolverle por medio de manos agarenas lo que ha robado la revolucion, protestándole un amor, que solo ella sabe lo que es, y una veneracion, cuya naturaleza tambien ella sola entiende. ¿Sería acaso nuevo en el mundo que un Ciro pagano, pero dotado de alma grande y de corazon intrépido, despues de haber castigado á la Babilonia llena de iniquidades, de lujurias y de idolatrias, sea quien disponga que se levante de nuevo el templo del Dios verdadero, arruinado por huestes salvajes; que se restituyan á este los vasos sagrados, presa de la rapacidad; y que se devuelva á los sacerdotes y levitas la libertad y el honor de que los habian intentado despojar los hijos de Babilonia? (1) Lo que Dios ha hecho tantas veces, lo hará una vez más, cuando llegue el momento descrito por su mano en el libro de los tiempos.

## CAPITULO IX.

### LA FUERZA MORAL.

La revolucion es cobarde por su propia complexion moral, no dándole valor verdadero su causa, por ser esta inícuca por naturaleza. Para prepararse, necesita de tinieblas; para empezar á dejarse ver un poco, de hipocresía, de falacia de palabras, de rodeos, de frases ambiguas y de manejos ocultos; y para salir á la palestra, de fuerza brutal. Explica este modo de proceder, por sí

(1) Esdr., I. cap 1, vv. 1 á 7.

solo, lo que es la revolucion: empieza á tener existencia á modo de las asociaciones de salteadores, que proyectan en subterráneos lo que ejecutan en campo abierto; se va extendiendo á manera de traidores, que bajo magnífico ropaje esconden el puñal; y al fin sale al combate, como los lobos en tiempos de grandes nevadas, que se reunen en cuadrillas para que no se les escape el ternero, cuyas huellas husmean desde los bosques lejanos. Ningun hombre de sano criterio dirá jamás, que estos movimientos de la revolucion puedan llamarse principios de fuerza moral, ni ménos, que puedan engendrarla, ni en sí misma, ni respecto de los hombres. Todo esto en sana lógica se llama fuerza brutal; pues siendo este el último resultado de la revolucion, todo lo que la ha precedido, está en la misma relacion que tiene la causa con el efecto. Porque así como todos los actos del sér racional presuponen la existencia de una potencia racional, y todos los actos de un sábio tienden á aumentar más y más su sabiduría; y por el contrario, ningun acto del animal irracional presupone la existencia en él de una facultad espiritual, y todos tienden á fortificar en él la fuerza brutal; así hay que decir, que son de la misma naturaleza en las revoluciones los actos que las engendran, y las extienden, y las consuman: la consumacion es brutal, y brutal es cuanto la precede. Ahora pues: la fuerza brutal no puede engendrar jamás fuerza moral. Sin embargo, la revolucion que ha arrebatado por la fuerza brutal al Santo Padre su poder temporal, ha estado invocando por largos años la poderosa influencia de la fuerza moral; y la invocaba, como si fuese un génio benéfico que, sin dejarse ver, va encaminando las cosas con fuerza y suavidad á un resultado vivificante. Se ha dado tanta importancia á esta fuerza moral, que nos vemos en la precision de examinarla en su propio origen. Si esa es fuerza moral ó brutal, lo dirán las consecuencias que se deduzcan naturalmente de las premisas; para lo cual no habrá que hacer grandes esfuerzos. Tristes son estos antecedentes, pues la conciencia recta, no puede darles mas calificacion: los principios que han salido á luz para producir esa fuerza moral, no son más